

---

**REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA**

---

**Diario de don Benjamín Vicuña Mackenna  
desde el 28 de Octubre de 1850 hasta  
el 15 de Abril de 1851**

*Lunes 28 de Octubre de 1850.*

Este día era esperado como el día de una batalla, con esperanzas y temores comunes á ambos contendientes. Eran estos, por una parte, el Poder, y por la otra, el Pueblo; ó más sencillamente, el Ministerio y la oposición.

Quería la oposición que la reunión anunciada de la Sociedad de la Igualdad fuese numerosa y tranquila, y el Ministerio estaba naturalmente empeñado en lo contrario, es decir, en que hubiera, ó poco número ó borrasca. Con este objeto, la *Tribuna* del Viernes 25 registraba un bando de la Intendencia, disponiendo que las reuniones de la Sociedad no podrían tener lugar si no se le avisaban con un día de anticipacion; que podían asistir á ellas todos los que quisieran, pues su carácter de pública consistía especialmente en la libertad que tenían los ciudadanos de presenciar sus actos; (con lo cual se daba entrada á los perturbadores enviados por la autoridad para provocar desórdenes y tener pretexto de cerrar la Sociedad); y por último, se ordenaba que los asistentes se dispersasen al salir, sin reunirse en grupos ni procesiones, como se había hecho en la anterior sesión general.

El objeto de este bando era intimidar á los pusilámines



y retraer á los hombres que no saben sacrificarlo todo ante el austero cumplimiento de su deber. Con este mismo propósito, se leyó el bando en la ciudad el día 28, al son de música y tambores, se distribuyeron á la luz del día cartuchos á bala al piquete que lo publicaba, se reforzó la artillería con 100 hombres del Yungay, y se puso sobre las armas á la escolta de Granaderos y á la gendarmería.

Pero todo esto fué inútil y contraproducente: la reunión, como por un prodigio de la libertad, tuvo una concurrencia triple de la que hasta entonces había conseguido, pues no bajaría de 1,500 asistentes, entre los cuales había no menos de 200 personas de distinción.

La sala de sesiones es el teatro de aficionados, en la calle de Duarte: su cielo es el de Dios, y el dosel del Presidente su telón de teatro.

La sesión se abrió á las tres en punto, presidida por Manuel Recabarren, joven de 24 años, condiscípulo y amigo mío, de quien yo me había formado la idea de que era indolente y perezoso. Hacía de Secretario, puesto que yo he desempeñado otras veces y que casi ocupé también ahora, el antiguo liberal Manuel Guerrero, de edad de 55 años, de los cuales ha pasado 10 en los calabozos y 20 en destierros y persecuciones.

El primer orador que se presentó en el proscenio fué Luciano Piña Borkoski, ex-capitán, hombre desgraciado, hábil, aunque inclinado á la demencia por la exaltación de sus pasiones. Sus hombros, que cargaron en otro tiempo las charreteras de Sargento Mayor, están hoy cubiertos de andrajos. Habló, ó más bien, hizo una narración de sus padecimientos, llena de inspiración, de calor, de emoción y de civismo. En esos momentos había en él el fuego de un patriota, el valor de un guerrero, la unción

de un cristiano y la exaltación de un poeta. El auditorio, profundamente conmovido, lo interrumpía á veces con lágrimas verdaderas, otras veces lo escuchaba en medio de un religioso silencio, y otras lo aclamaba con frenéticos aplausos. Cuando concluyó, Manuel Guerrero, en un arranque de entusiasmo, lo abrazó con efusión, y este espectáculo conmovió vivamente á toda la concurrencia, que habría deseado hacer lo mismo.

Habló en seguida Francisco Marín, naturaleza apasionada y sensible, pero enfermiza y un poco vaga. Llevaba su discurso aprendido de memoria, y esto lo turbaba con frecuencia, cada vez que se le olvidaba alguna palabra.

Pero hubo un momento en que, al decir él que el único recurso de que echaba mano el Gobierno de Montt era corromper, se hizo oír una voz que decía: «¡Mentira!» Esta audacia llenó por un instante de sorpresa á los concurrentes; pero luego á la sorpresa sucedió la indignación, y centenares de vengadores saltan de sus asientos, sin que la voz del Presidente ni los gritos de los comisionados para guardar el orden pudieran contenerlos.

El peligro era inminente: la chispa había sido lanzada temerariamente, y el combustible comenzaba á prender. ¡Ay del pueblo! ¡Ay de los tiranos! Tal fué la exclamación que me asaltó en aquel momento supremo. Sin embargo, el tumulto se apaciguó, y tuve entonces que admirar la paciencia y generosidad de ese pueblo á quien el poder llama plebe alzada y horda de foragidos. Ciertamente que lo que más contribuyó a restablecer la calma fué la palabra inspirada y la energía irresistible de Recabarren, cuyos ojos azules brillaban como dos brasas. No creía encontrar tanta imponencia en ese joven cuya belleza parece hecha más para los salones, ni oír palabra tan enérgica

en esos labios más á propósito para los coloquios de amor.

Vuelto el orden, pudo continuar Francisco Marín, que dejando desde este instante á un lado sus fastidiosos apuntes, dió libre curso á la inspiración del momento, y estuvo tan enérgico como elocuente.

Con esto y con recomendar nuevamente el orden, se levantó la sesión y se retiraron todos con la mayor compostura.

La puerta del teatro dista sólo media cuadra de la Alameda, que estaba tan llena de jente en las inmediaciones, que era preciso hacer grandes esfuerzos, para abrirse paso. Nos paseamos durante más de media hora entre nuestros enemigos, á quiénes ciertamente no agradaría mucho aquella derrota pública y decisiva. Entre la concurrencia había muchas señoritas: las interesantes niñas Toledo nos tiraron flores al pasar, y entre las más entusiastas se distinguía la malograda novia del republicano y caballeroso Pascual Cuevas, muerto el 5 de Enero de 1848, Mercedes Muñoz Gamero. También estaba para mí otro anjel...pero su nombre es sólo mío, y nadie lo sabrá por mis labios.

Cuando ya era entrada la noche, nos reunimos en procesión 200 personas decentes que aún quedábamos y algunos artesanos, y después de dar así algunas vueltas por la Alameda, nos dirigimos al centro, llevando á la cabeza á don Bruno Larraín, y á don Fermín Solar: entramos por la calle de la Bandera, y nos dispersamos al llegar á la de los Huérfanos.

Yo me fuí á casa de Antonio Larraín, donde estaban reunidos los principales cabecillas, divirtiéndose al son de piano con cuadrillas, polkas y valeses, en vez de discutir la mejor manera de aprovechar el espléndido triunfo del día. Supe ahí, que quién había lanzado el grito de «Men-

tiral» era el escribiente de la Universidad Venancio Silva, sobrino de Montt, y que cuando esto sucedió un pelotón de policiales había desenvainado el sable en actitud de acometer contra los que custodiaban la puerta, entre los cuales estaban los valientes Manuel Beauchef, Pedro Nolasco Luco, Vicente Larrain Rozas, y el verdadero leon por su energía, aunque paloma por su corazón, José Zapiola, músico distinguido y hombre de ilustración y de experiencia.

Montt y sus acólitos no estuvieron hoy en la Alameda, apesar de que van todos los días.

*Martes 29 de Octubre.*

El Intendente ha impuesto á todos una multa que varía entre 20, 30, 40 y 50 pesos, á pretexto de haber infringido el artículo 1.º del bando. Es verdad que este artículo impedía salir en procesión de la reunión, pero no el juntarse después, que fué lo que nosotros hicimos.

Félix Mackenna y un joven Silva son los únicos que han pagado, el primero 40 pesos y el segundo 20. Todos los demás se han resistido, y por esto han sido presos Vicente Aldunate, el editor del *Progreso*, José Antonio Alemparte, el entusiasta sombrerero Larrecheda, y el mejor talabartero chileno Paulino López.

En la noche hubo reunión en casa de don Bruno Larrain. Estaban allí los más distinguidos campeones de la oposición, como los Diputados Victorino Lastarria, Federico Errázuriz, Rafael Vial, Luis Ovalle, Manuel Ramón Infante, el ex-juez del crimen Pedro Ugarte, el ex-intendente de Colchagua Domingo Santa María, José Miguel Carrera, Joaquín Lazo, Félix y Juan Mackenna y otros muchos.

30 de Octubre.

A las 3 de la tarde, entraba yo con Manuel Bilbao á casa de Federico Errázuriz, donde había un verdadero y agitado «meeting».

Tranquilizados un poco los ánimos, don Bruno Larraín dijo que el partido que convenía tomar era guardar silencio y concurrir todos á la Alameda, porque había conferenciado con el Intendente y lo había encontrado tan dispuesto á una transaccion, que aceptaba toda idea que condujese á ese resultado.

El anciano coronel Luco, el Malborough de la milicia chilena, que disparó la primera bala contra el enemigo en la guerra de la Independencia el 1.º de Abril de 1811, dijo que la manera de conseguir la libertad de los presos y de salvar el honor general era que aquellos pagasen la multa y que los demás jurasen no pagar ni medio real. Esta indicacion no se consideró, porqué muchos de los presos estaban decididos á no pagar nada.

Lastarria leyó enseguida una proposición escrita por Panchito Bilbao, y concebida más ó menos en estos términos: «Los abajo suscritos, declaramos, que si los ciudadanos tales y cuáles están en prision, debemos estarlo también nosotros, porqué somos culpables del mismo delito. Al hacer esta declaración, protestamos contra la ilegalidad del bando publicado por la Intendencia, pues no reconocemos autoridad alguna que pueda cohartar el derecho de reunión, y la libertad de circular públicamente en grupos.» Tampoco fué tomada en cuenta esta proposición.

Se aceptó al fin la que había hecho en el primer momento don Pedro Ugarte, para que se nombrase una comisión que fuese á decir al Intendente que pusiera en

libertad á los presos ó enviase á prender á treinta ciudadanos que quedaban esperando á la policía en el bufete de don Federico Errázuriz. En efecto, se nombró en comisión á don Federico Errázuriz, al antiguo revolucionario y ex-intendente de Concepcion don José Antonio Alemparte, director en jefe de los trabajos militares de la oposición, á Victorino Lastarria y á don José Miguel Carrera, hombre de bríos, de serenidad y de tino.

Fuéronse ellos, y todos los demás quedamos esperando el resultado. Media hora después volvían. Lastarria tomó la palabra y dijo entre otras cosas: «Le hemos largado al intendente de una hasta ciento; yo lo amenazé con acusarlo ante el Senado, y Federico le sostuvo que nadie estaba animado á obedecer un bando que era ilegal y atentatorio. El empeño del Intendente era llevarnos al terreno de las intenciones, es decir á arrancarnos la declaración de si habíamos tenido ó nó el pensamiento de infringir el bando: pero nosotros eludimos la dificultad colocándonos en la cuestión de hecho, única que á él le era lícito investigar. Después de un corto debate convino en que no había infracción de hecho, y que por consiguiente los presos debían salir en libertad y las multas percibidas serían devueltas».

Con la noticia de este triunfo nos retiramos todos contentos, citándonos para la Alameda. Hubo, en efecto, en esta una procesión de 200 ciudadanos importantes, encabezada por los presos, que fueron paseados así triunfalmente.

En la noche hubo reunión en casa de don Bruno Larraín. Se acordó dar un almuerzo en honor de los presos. Rafael Vial, redactor del *Progreso*, me dijo que Alemparte trabajaba con buen éxito, lo que yo estoy muy lejos de creer.

31 de Octubre.

A las tres de la tarde se presentó en la Intendencia el Diputado por Valdivia, Vicente Sanfuentes, á exigir la devolución de la multa de 30 pesos que se le había impuesto.

El intendente lo recibió muy mal, y la conferencia se acaloró hasta el extremo de que Sanfuentes se fué sobre el Intendente y le dió de bofetadas. Hecho esto, huyó precipitadamente y consiguió asilarse en la imprenta de *El Progreso* que está en la misma plaza. La policía fué á tomarlo, pero él se resistió. Llegó entonces un piquete de tropa, pero ya se había reunido un numeroso pueblo, dispuesto á auxiliar al jóven Diputado. En efecto, se envió una comisión ante el Intendente, que, convencido por el argumento de que un Diputado no podía ser preso sin allanamiento prévio de su fuero, convino en que Sanfuentes quedara detenido en la Secretaría de la Cámara, bajo la palabra de honor de Lastarria y Diego Tagle.

En la noche se reunió la Comisión Conservadora con su Presidente don Diego Benavente y cuatro Senadores más, el general Prieto, el general Aldunate, el coronel Cavareda y don Ramon Subercaseaux, en medio de una concurrencia numerosa pero tranquila.

Don Salvador Sanfuentes abogó por su hermano; y pidió que se le dejase en libertad miéntras no se le allanase el fuero. El Presidente Benavente contestó que nada podía hacerse miéntras no se enviasen á la Comisión los antecedentes del hecho, pues esta ignoraba lo ocurrido. Sanfuentes hizo algunas objeciones, pero al fin quedó así acordado, y se pasó inmediatamente una nota al Gobierno en ese sentido.

A Francisco Bilbao, á quién se le destituyó de su em-

pleo de oficial segundo de la Oficina de Estadística, donde tenía 700 pesos de sueldo anual, se le ha levantado una subscripción de 21 onzas, comprometiéndose la oposición á pagarle su sueldo íntegro mientras permanezca sin empleo.

En la tarde hubo procesión en la Alameda.

*1.º de Noviembre.*

La Comisión Conservadora se reunió hoy y acordó el desafuero de Sanfuentes, lo que me parece á mí justo, aun que para la Comisión es indiferente la justicia ó la injusticia.

A las tres de la tarde trasladaron á Sanfuentes desde la Secretaría de la Cámara, que está en la Universidad, hasta la cárcel, con el mayor aparato. Nueve policiales rompian la marcha; el birlocho llevaba un comisario al costado, y otro iba acompañando al prisionero; á retaguardia iba un piquete de infantería á marcha forzada.

Además, se habían municionado todas las tropas y mandado traer á Ñuñoa los caballos de la escolta, ocurrencia que produjo un accidente funesto, porque uno de los soldados que iba á todo escape á buscarlos, se dió vuelta en una de las acequias de la Alameda, matándose instantáneamente él y su caballo. Así, por un capricho despótico, se arroja la alarma y la inquietud en una ciudad tranquila, y se hacen perecer víctimas inocentes!

*3 de Noviembre.*

Bajo de un maiten, verdadero prodigio de la vegetación, estaban reunidos á las tres de la tarde los primeros hombres de la oposición acompañados de sus amigos, hasta el número de 150.

Esta reunión no era un meeting; lo que menos parecía era una asamblea política. Parece que no hay en Chile corazones que alienten en ese espíritu de unión que hace la fuerza de la Inglaterra y la omnipotencia de la Francia. Aunque se encuentren agrupados en nombre de una gran causa, es el *yo* el que palpita en todos los pechos y lo que se lee en todos los semblantes. No tendremos nosotros una *cancha de pelota*, porque hemos perdido el *nervio* de las grandes pasiones que impulsan, y sólo nos queda el egoísmo que contiene.

Era, pues, un festín el que hoy nos reunía: 150 eran los convidados; el vino exaltó algunas cabezas y todos hablaron con entusiasmo; pero yo dudaba y sólo cuando ví correr las lágrimas del artesano Ramón Mondaca y del estimable y erudito artista músico José Zapiola, olvidé mis tristes impresiones para sondear las profundidades de esas almas oscuras, pero francas y viriles.

El poeta Lillo estuvo fastuoso y elocuente; Lastarria, muy espiritual; Bilbao, arrastrador; Francisco Marín, muy patriota, pero vago é *insaisissable*; Manuel Recabarren brindó porque si la oposición, llegando un día á ser Gobierno, se hiciera despótica, cayera hecha trizas, siendo él el primero en atacarla. Se brindó también por las víctimas que habían de caer en los futuros combates por la libertad. El polaco Alejandro Holinseky brindó por las chilenas, «las mujeres más lindas y espirituales de la América del Sur». Se habló mucho de los Carreras, por estar presente el hijo de don José Miguel.

Yo me retiré á las 5, y todavía quedaban casi todos. El director del banquete fué Marcial González, y lo presidió don Fermín Solar.

Ayer llegó á Valparaíso en la fragata «Chile» el Bata-

llón Valdivia, que estaba en la frontera. Trae 399 plazas y su comandante es Sepúlveda. Parece que viene con el objeto de declarar el estado de sitio; pero lo más posible es la perturbación que introducirá en los trabajos de la oposición.

Hoy se desaforó también el diputado Luis Ovalle por haberse resistido á entregar a Sanfuentes.

*6 de Noviembre.*

A las dos de la mañana llegó de Aconcagua don Ramón Bari, vecino de Los Andes, con la noticia de haber estallado en esa provincia una revolución, en la tarde de ayer.

Parece que el origen inmediato de ese movimiento ha sido el siguiente:—Estando reunida la Sociedad de la Igualdad de San Felipe, el Intendente interino, comandante Mardones, mandó disolverla; otros aseguran que sólo ordenó quitar una bandera negra,—ó una bandera que tenía un signo revolucionario, enarbolada en la puerta de la casa de la Sociedad. El presidente de ésta, Ramón Lara, capitán retirado y vencedor de Yungay, se dirigió á la Intendencia á reclamar contra esta medida, y quedó preso. Con igual objeto salió en seguida Benigno Caldera, que ha sido juez de letras de la provincia, y fué también reducido á prisión.

Indignado el pueblo con estos atentados, asaltó el cuartel, se hizo fuerte dentro de la población, libertó á Caldera y á Lara, hizo á este último comandante del cuerpo de infantería y á Guzmán del de caballería.

La tropa se componía de 800 hombres, la mayor parte de los cuales son los valientes veteranos del Aconcagua que se batieron en Yungay. El gallego Mestre había salido de Los Andes con 200 milicianos para atacar á Lara, y

quedaba en Curimón donde se la había reunido el Juez de Letras Blas Araya, que consiguió fugarse de San Felipe, y el Intendente propietario José Manuel Novoa, que salió de aquí ayer en la tarde. Es natural que este destacamento haya sido derrotado ó por lo menos dispersado por Lara.

Con estas noticias, que no tienen todavía mas autoridad que la voz pública, se reunió á las cuatro de la mañana el Consejo de Ministros, junto con los principales corifeos de Gobierno. A las seis y media salió el Sarjento Mayor Pantoja con 40 granaderos, y segun dicen también con 60 artilleros montados, pero sin cañones. Van con el objeto, segun unos, de interceptar la correspondencia entre Santiago y San Felipe, y segun otros, para batir á los rebeldes.

Con este último objeto se ha dado órden al batallón Valdivia, que habia salido ayer de Valparaíso, para destacar la mitad de sus fuerzas, 200 hombres, sobre San Felipe, y se ordenó al General Aldunate que fuese á ponerse inmediatamente á la cabeza de estas tropas. Pero el General, despues de largas conferencias con el Gobierno, no ha salido, por estar imposibilitado para montar á caballo á causa de la enfermedad que padece.

A las nueve de la mañana divisé al Comandante Silva Chávez, que salia con su asistente y otro para San Felipe.

En la mañana se reunió tambien el Consejo de Estado y parece que ha vacilado todo el dia en declarar el sitio, porque temen la alarma que produciría esta odiosa medida.

Entre tanto, en los altos de la imprenta de *El Progreso*, se reunieron en sesión permanente, pero de simple palabrería sin objeto, Pedro Ugarte, José Antonio Alemparte, Fe-

derico Errázuriz, Bruno Larraín y muchos otros que entraban y salían con noticias y comisiones, aunque sin hacer nada positivo. Esta actitud inactiva de los jefes llenó mi ánimo de amargura y de despecho, y hablé con Rafael Vial y Manuel Guerrero, instándolos á salvar nosotros nuestra honra y á obrar independientemente de nuestros adormecidos caudillos. Mi objeto era emprender una jornada enteramente nuestra, tocando á rebato en la mitad de la noche como en tiempos del gobierno de Pinto, para lo cual me ofrecí yo sólo.

Ellos aceptaron la idea, pero nada mas que la idea, y como mi propósito era llevarla á cabo, me consulté con don José Miguel Carrera. Díjome éste, que ese mismo habia sido su pensamiento, y que para realizarlo debia salir esa noche á las 8 á Valparaíso con el fin de agitar ese pueblo, mientras Alemparte partía á encontrarse con el Valdivia y conquistarlo, y Ugarte se quedaba aquí para levantar la poblacion. Pero *La Tribuna* acababa de anunciar que don Ramón García, ex-Intendente de Aconcagua, el Rejidor, Manuel Antonio Carmona, y otros, habían escrito al Gobierno, diciéndole que habian procedido á la prisión del Gobernador, únicamente para libertarlo del furor popular; que la sublevación tenía por única causa el odio al Intendente Novoa, y de ninguna manera al Gobierno; y por último, que quedaban 2,000 hombres en Los Andes para apoyar á la autoridad.

Todo esto, por más que Carrera me dijo que Aldunate y Benavente habían leído el oficio original, es á todas luces falso, porque sería un absurdo inconcebible entregarse al Gobierno después de haber consumado con éxito una revolución largo tiempo organizada.

Sin embargo, estos rumores han hecho desistir á Carre-  
ra de su proyecto, hasta tener noticias exactas.

En este estado han quedado las cosas. Se habla de mu-  
chos propios llegados al Gobierno, y de correspondencias  
interceptadas tanto de Valparaíso,—de donde se han es-  
perado con la mayor ánsiedad noticias y para donde ase-  
gulan ha salido Blanco a las 4 de la tarde,—como de  
Aconcagua.

El Rector del Instituto Nacional ha renunciado á con-  
secuencia de una de esas pequeñas ruindades de que dan  
tan frecuentes muestras los hombres del poder.

El Ministro Mujica le ordenó que pasase un informe  
desfavorable para el joven Inspector José María Silva,  
que había asistido á la reunión de la Sociedad de la Igual-  
dad, con el objeto de destituirlo. Solar contestó que ese  
Inspector cumplía bien con su deber en el establecimien-  
to, y que, por consiguiente, no podía dar un mal informe  
de él. Habiendo insistido Mujica, Solar presentó noble-  
mente su propia renuncia.

Se presentan como candidatos para sucederle, Waldo  
Silva, Vicente Bascuñán y algunos otros.

*Jueves 7 de Noviembre.*

A las dos y media de la tarde se publicó por bando el  
nombramiento del nuevo Intendente, Teniente Coronel  
Francisco Angel Ramírez, hombre de malos antecedentes.

A esa hora fuimos á la oficina de la Imprenta de *El  
Progreso*, y en ella encontré á los mismos hombres de  
ayer: nada habían ideado, ningún pensamiento nuevo ha-  
bía cruzado por sus cerebros, ni había en sus corazones  
otros sentimientos que el de una débil esperanza ó un  
gran temor. Se referían mutuamente los rumores que cir-

culaban sobre Aconcagua, y que ya eran de una victoria completa sobre las tropas que habían salido de aquí, ya de una rendición absoluta. Unos aseguraban que las tropas rebeldes se disciplinaban para defenderse, otros que avanzaban sobre Santiago en número de cinco mil; agregábase que el batallón Valdivia, que venía en camino para Santiago, se había sublevado contra el Gobierno, regresado a Valparaíso y héchose dueño de las fortalezas y buques de aquel puerto.

Federico Errázuriz dijo, por fin, y estas fueron las únicas palabras serias que escuché:—«Si somos hombres, pongámonos esta tarde á la cabeza del pueblo, y veremos si se atreven á hacernos fuego». Todos guardaron silencio. Poco después se retiró don Bruno Larraín, recomendando á don Pedro Ugarte que meditase en su plan que le había indicado, y que, según él, era el mejor y más sencillo. Esto me hizo recordar la actitud de su tío, el padre Vicente Larraín, que viendo vacilar los ánimos en una de las primeras reuniones revolucionarias de 1810, sacó de la manga de su hábito un ancho puñal, y juró morir antes que abandonar la empresa, rasgo que decidió talvez la Independencia de Chile.

A las 5 y media de la tarde, estando afeitándome, entró Venancio Vicuña para avisarnos que la casa de los Larraines estaba rodeada de tropa. Salí al momento, y supe que se había declarado el sitio!... Fuime directamente donde Francisco Bilbao, pensando que sólo él podía llevar al pueblo, que era nuestro único elemento, á la victoria ó á la muerte. Me encontré en la puerta de su casa con su varonil y elocuente madre, doña Mercedes Barquín, quien me dijo que su casa había sido allanada y que Francisco había conseguido escapar por los tejados. Persistiendo en

mi idea, entregué á la señora un papel para Francisco, en que le decía que era indispensable vernos cuanto antes, que teníamos plata á discreción, valor de sobra, y más que todo, el deber de salvar á nuestros hermanos perseguidos. La señora se ofreció para llevárselo ella misma á la casa en donde estaba refugiado, que era la de la familia Bernales, del partido ministerial, y yo quedé de volver más tarde por la respuesta. Me fuí en seguida á la plaza, y encontré un numeroso grupo de jente en la puerta de la Imprenta de «El Progreso». Supe ahí que habían sido reducidos á prisión Federico Errázuriz, diputado por Rengo, José Victorino Lastarria, diputado por Rancagua, y el sombrerero Larrecheda. Poco después encontré al poeta Lillo, acompañado del mayor de policía, y más tarde supe que también habían sido presos, Manuel Guerrero, que fué sacado de su chacra para ir á la cárcel y en seguida al destierro, y el honrado y hábil artista y literato don José Zapiola. El patio de la Imprenta estaba lleno de agentes de policía, enviados para apresar á los tertulios habituales.

Volví á la Alameda, para adelantar en lo posible mi proyecto. Esperaba encontrar en ella mucha jente, y en efecto, todos los ministeriales, dueños ya del campo, se ostentaban alegres de su triunfo y de nuestro abatimiento. Había, sin embargo, algunos artesanos, y los hablé sucesivamente sobre la necesidad de una pronta resistencia. Juntándome en seguida con Manuel Recabarren, me dirigí donde Bilbao, á quien no puede ver, porque la hora de la cita era á las 8.

Me fuí entonces donde don José Antonio Alemparte, que vive en una casa arrendada por doña Rafaela Valdívieso, a tres cuadras y media al occidente de Santa Ana.

Le pinté el estado de exaltación en que se encontraban los ánimos, la necesidad de aprovecharse de ella, y los peligros de una reculada en los momentos en que la desconfianza debía suceder en el pueblo á la primera impresión de sorpresa y al primer asomo de sufrimiento. En consecuencia, le pedí que me comunicase los recursos con que podíamos contar en la tropa armada para lanzarnos á la pelea. Me contestó que cuánto yo decía era verdad, pero que vale mas en estos casos la prudencia que el ardor de la juventud, por lo que estimaba mas atinado esperar hasta mañana, pues ademas de que el triunfo era por hoy dudoso, habría una carnicería horrible en el pueblo. Agregó que si insistíamos apesar de todo, podríamos contar con los siguientes elementos: 1.º Que el batallón Chacabuco no saldría de su cuartel, porque tal era el compromiso de su comandante, don Antonio Videla, y que en caso de que se obligase á mandar un capitán con su compañía, se pondría de parte del pueblo; 2.º Que un capitán del Yungay, en caso de ser destacado del resto del cuerpo, sería tambien nuestro; 3.º Que podíamos apoderarnos del cuartel de Bomberos, que está en el palacio antiguo, donde hay 800 fusiles, por intermedio de Manuel Bilbao, que tiene relaciones con el sarjento permanente de guardia; 4.º Que contábamos con la guardia de la cárcel de esa noche, pues estaba mandada por un oficial nuestro, combinada con 20 presos desertores del ejército, ganados por Prado y Stuardo á nuestra causa; 5.º Con un grupo considerable de hombres que los Lazos tenían a su disposición y con los cuales se podían tomar los cuarteles de los números 1, 2, 4 y 5 de cívicos, situados todos en una misma manzana; y por último con otra partida de un tal Melchor Ugarte, que había sido dependiente de Alem-

parte durante largo tiempo. Me indicó que podíamos defendernos en el cuartel de Bomberos, pero sólo unas pocas horas, porque el Gobierno con la Artillería, los granaderos, el Yungay y las milicias de caballería, podía hacernos trizas. Le pedí una orden para que los oficiales comprometidos se pusieran á nuestra disposición, á lo que él se negó por no considerarlo necesario.

Con estos antecedentes me fuí donde Bilbao para pedirle que saliese con nosotros á arengar al pueblo y á incitarlo á la pelea. Empero, supe antes que la Alameda había sido despejada, lo que me hizo pensar que todo quedaba frustrado por esa noche.

Así, mi entrevista con Bilbao, que ya estaba disfrazado, se redujo á una simple explicación de lo que había ocurrido.

Salí entonces con Manuel Bilbao para San Miguel, donde nos decían que se había reunido un grupo de 300 artesanos; pero en nuestro camino encontramos varias partidas que nos comunicaron haberse disuelto el grupo por no tener armas, ni siquiera piedras con que hacer frente á los Granaderos y al Yungay que se acercaban á dispersarlos.

Volvíme á casa de Bilbao, y me encontré con Antonio 2.º Zañartu, quien me aseguró que yo estaba también incluído en la lista de proscriptos; la noticia no me dió cuidado, porque no la creí. En casa de Bilbao encontré á don José Miguel Carrera que había tomado la dirección del movimiento y que era capaz de desempeñarlo con acierto. Con él salimos á ver á Alemparte, quien le repitió lo mismo que ya me había dicho á mí, en vista de lo cual Carrera aplazó el movimiento hasta el día siguiente.

Con esto nos separamos, y yo me fuí á dar un vistazo á

la plazuela de la Moneda, donde encontré un campamento militar formado por los Granaderos que estaban en batalla y sable en mano en el ala izquierda; piezas de artillería en el centro, y un piquete del Chacabuco en la otra estremidad. Noté que los artilleros habían encendido fuego al pié de sus cureñas, lo que me hizo pensar que iban á pasar toda la noche sobre las armas, y efectivamente supe por los Granaderos que debían alternarse por mitad en patrullas y en custodiar el Palacio.

A las 11 y media me vine á casa, donde encontré á don Pedro Ugarte, que había escapado milagrosamente de las garras de Ramírez, á don Bruno Larraín y á casi todos los perseguidos.

El bando de *sitio* se publicó á seis de la tarde.

*Viernes 8 de Noviembre.*

Aunque muy rendido por mis agitaciones del día anterior, salí á adquirir noticias de la revolución del Aconcagua y tambien de la de Valparaíso, pues ya se hablaba de haber estallado en este puerto. Felizmente me encontré con un postillón que había llegado anoche y que esperaba ser despachado en el correo para volverse á San Felipe. Por él supe algunos pormenores que han sido confirmados posteriormente por el parte de Novoa, y por noticias traídas de San Felipe por un jóven Barriga y por Máximo Caldera.

He aquí los detalles de la revolución de Aconcagua: El Mártes 5 de Noviembre, como á las 12 del día, estaba reunida la Sociedad Igualdad de San Felipe, y tenía en la puerta de su sala de sesiones un estandarte nacional con el lema de los billetes de la Sociedad, que dice: *Respeto á la ley, valor contra la arbitrariedad*. El Intendente susti

tuto don Blas Mardones consideró este lema como un pasquín contra la autoridad, y mandó al Comandante de Policía que arrancase «por la razón ó la fuerza» el pabellón revolucionario. El Capitán don Ramón Lara, Secretario 2.º, segun creo, de la Sociedad, salió á reclamar contra ese atropello, y recibió por su respuesta una orden de prisión. Informado don Benigno Caldera de lo que ocurría, se presentó al Intendente á pedir los antecedentes de la prisión de Lara, para defenderlo como abogado, y Mardones le contestó que cuando se hubiesen tranquilizado los ánimos, le serían entregados.

Pero el pueblo, en vez de tranquilizarse, se había excitado mas, y ya se agrupaba tumultuosamente en la plaza, pidiendo la excarcelación de Lara. Entónces Benigno Caldera se esfuerza por calmarlo, y despues de conseguirlo momentáneamente, vuelve á la Intendencia para repetir su solicitud sobre los antecedentes de la prisión de Lara. El Intendente creyó que Caldera había arengado al pueblo excitándolo á la revelión, y despues de llenarlo de improperios, lo envía preso al cuartel donde ya estaba Lara.

Este nuevo atentado redobló el furor popular, y la multitud se lanzó irritada contra la casa del Intendente. Este se colocó resueltamente tras de su guardia, compuesta solo de 16 hombres, y despues de algunos momentos de vacilación, mandó hacer fuego; pero la tropa no quiso disparar sobre el pueblo, y rindió sus armas, siguióse entónces una escena de tropel y confusión consiguiente á ese primer triunfo: La multitud se precipita sobre el cuartel, el centinela es derribado de una bofetada y Mardones recibe por casualidad un bayonetazo que le hace una herida de dos pulgadas de profundidad en una pierna. En un instante, cada ciudadano se pone su casaca, coge su fu-

sil, nombra por jefe á Lara, y saca también de la prisión á Benigno Caldera.

Necesario fué continuar en nombre de la justicia la obra comenzada por la violencia y la precipitación. Reunióse en consecuencia el cabildo i nombró una junta directiva que se hiciera cargo del mando de la Provincia para entregarla á la autoridad legítima. Esta junta quedó compuesta de Benigno Caldera, don Ramón García, ex-Intendente de la Provincia, hombre de inteligencia y de energía, y del sencillo don Manuel Carmona, municipal de San Felipe.

En este estado se encontraba la decantada revolución, que no había sido mas que una disputa entre el pueblo y uno de sus mandatarios, cuando llegaron á San Felipe, enviados por Novoa, el Intendente propietario, el Mayor retirado don Antonio Guilizaste, encargado de hablar á la milicia, y el argentino don Francisco Videla, comisionado para entenderse con el resto del vecindario. Sin mas trámite ni observaciones, y sin transacciones ni tratados como se había dicho aquí, contestó la junta que estaba dispuesta á declinar el mando, pues solo lo había tomado para afianzar la tranquilidad perturbada por el temerario Mardones, quien había sido preso para salvarlo de la irritación del pueblo que exigía satisfacción de los agravios inferidos á su soberanía.

Vueltos los emisarios á sus comitentes, entraron estos de nuevo á la plaza con el Teniente Coronel Silva Chávez, que había salido de aquí el Miércoles 6 al mando de las tropas que expedicionaban sobre San Felipe. La ciudad estaba completamente tranquila, las armas y trajes en sus respectivos armarios, y los ciudadanos retirados á sus casas.

Así oficia Novoa al Gobierno el Juéves 7, diciéndole que

ha entrado á las siete y media de ese día con dos escuadrones de los Andes, que inmediatamente había procedido á reunir el Cabildo, pero solo se habia presentado un señor Altamirano y don Francisco Ignacio Ramírez, porque los demas cabildantes eran los principales cabecillas del motín; que licenciaria la tropa de los Andes inmediatamente despues que llegaran las fuerzas del Valdivia; y que había procedido á apresar á los mas comprometidos. Los comprometidos son todo el pueblo de la heroica San Felipe, y para hacer cumplida justicia habria que convertir toda la ciudad en cárcel.

Quedan actualmente presos Severo, Pancho, Emilio y Benigno Caldera, don Ramón García que se dejó tomar en su casa, Galo Irrarázabal, porque no entrega á Carmona que dicen está escondido en su hacienda, y once mas cuyos nombres ignoro. Van á ser juzgados militarmente, y por el Sarjento Mayor Yáñez, que es un hombre de ferocidad implacable. Estas prisiones no han podido hacerse sino violando la fe de una promesa solemne de la autoridad, y exponiéndose á las naturales represalias de esa deslealtad. Pero la autoridad no quiere sino un pretexto para declarar el *sitio*, y ya lo tiene. El cráter momentáneamente sofocado volverá á estallar, y ¡ay! de los que están mas alto, porque la caída será para ellos mas tremenda!

Las tres compañías del Valdivia que habían salido para San Felipe han regresado á la capital, para reunirse á las otras tres que están alojadas en el antiguo Instituto, que de convento de los Jesuítas pasó á ser hospedaje de los Talaveras, en seguida de los colegiales, y hoy está nuevamente convertido en cuartel. Los granaderos y artilleros también han vuelto.

Todo el día, hasta las tres de la tarde, lo ocupé en diver-

sas diligencias, y especialmente en buscar dinero. Don Nicolás Larraín me dió 40 onzas, cantidad insuficiente, por lo que don José Miguel Carrera me dijo que fuese á ver á Federico Errázuriz, que se encuentra preso en el cuartel del Chacabuco. Pero estaba incomunicado, y no me fué posible hablar con él. El clérigo don Víctor Ignacio Eyzaguirre nos dió más tarde mil pesos.

A las tres me fuí con don José Miguel Carrera á casa de Alemparte, donde tuvimos una conferencia y se resolvió el siguiente plan: Se sabía que el batallón Valdivia debía llegar como á las ocho de la noche á Pudagüel, pues la noche anterior había dormido en la Puntilla de Salazar, distante como tres leguas del pie occidental de la cuesta de Prado. Ganándose á esta fuerza, el triunfo era seguro: el movimiento que pensábamos operar dentro de la ciudad tendría así un apoyo formidable en caso de fracasar, y un auxiliar omnipotente en caso de victoria. En consecuencia, Alemparte que tenía relaciones con varios oficiales, conocimiento personal con el Comandante Sepúlveda, y amistad estrecha y efectiva con uno de los oficiales, se resolvió á salir á su encuentro, acompañándolo yo. La prontitud con que Alemparte aceptó esta proposición, unida á muchos otros antecedentes, me han hecho desconfiar de su sinceridad. Por eso me ofrecí á ser su compañero, decidido á ponerle una pistola al pecho en caso de infidencia (1). Resolvimos partir á las oraciones.

El plan interno de la ciudad era hacer maniobrar á todas las partidas que teníamos disponibles, para dar un asalto á la Artillería, que contiene, según dicen, 11 mil fusiles y 180 mil tiros, armar con ellos al pueblo, reunirlo tocando á rebato en los campanarios, y á generalá en los cuarteles, disparar cañonazos á fin de conmover toda la

población, y esperar al enemigo en la Alameda, donde las acequias y los árboles impedirían maniobrar á los granaderos. Las partidas que debían dar este golpe eran las del sastre Rudecindo Rojas, que tenía apostada su gente en el Tajamar, cerca de la Quinta Cifuentes, todos ellos hombres resueltos, á los cuales se habían agregado 40 peones que trabajaban en las inmediaciones de su guarida; y la de Melchor Ugarte, que debía reunir de 30 á 40 hombres en la calle de San Isidro, media cuadra hacia afuera de la Alameda; estos últimos eran en su mayor parte soldados del escuadrón cívico de Renca. Para atacar los cuarteles de los batallones cívicos 1, 2, 4 y 5, contábamos con la partida de los Lazos que ellos aseguraban ascender á más de 300 hombres, y otra pequeña formada en Yungay por el sastre Mellado. Los Lazos tenían 4,000 balas y 8,000 cartuchos.

Carrera debía situarse en los portales para dar las órdenes oportunas, incluso la de morir, á lo que él mismo estaba resuelto.

Para que Alemparte pudiera desempeñar con más seguridad su importante comisión, Carrera debía pedir al Coronel Urriola una carta para Sepúlveda, documento que bastaba para que el batallón fuese nuestro. Al efecto, escribió Alemparte á Urriola, citándolo para las 5 de la tarde en casa de don Luis Ovalle. Urriola fué allí con Carrera á las oraciones, porque no quiso que se le viera en público con él.

Entre tanto, yo me dispuse para el viaje: ensillé mi caballo y fuime á la Alameda á esperar el resultado de la entrevista. Duró ésta como media hora, y la conclusión fué que Urriola se negó á escribir la carta, alegando que si iba Alemparte se perdería todo, pues su viaje no haría

más que despertar sospechas y prevenirlo todo en contra. Ofrecióse, sin embargo, á ponerse él mismo á la cabeza del batallón en el momento en que estallase aquí el movimiento. Esto no dió seguridades á Carrera, y se resolvió, cerrando los ojos á cuanto quedaba atrás, á correr delante de una muerte que era mil veces más segura que el triunfo:—«Amigo, me dijo, me encuentro en un compromiso de hierro y no retrocedo; vaya á decir á Alemparte que si es hombre, como él asegura, venga á ponerse al frente de la partida que debe atacar la Artillería, ó á mandar en jefe, y entonces yo seré simple soldado suyo».

Desalentado con este contratiempo, me dirigí, sin embargo, á ver á Alemparte y le hice presente lo que ocurría. Me contestó que eso no importaba nada, que él había deseado la carta de Urriola únicamente como un medio de introducirse, pero que se iría de todos modos sin ella, pues conocía al comandante, al mayor y á cuatro capitanes, y que por cartas de Cornelio Saavedra desde Concepción y de Pradel desde Valparaíso, sabía que el batallón venía ya minado. Yo, que ví con esto confirmadas mis sospechas de que Alemparte no procuraba más que escapar á los compromisos de Santiago, insistí en que volviera, observándole que atribuirían su retirada á cobardía y haciéndole presente que le hablaba así para que no sufriera su reputación: «Qué! exclamó interrumpiéndome vivamente, ¿qué me importa mi reputación cuando se trata de hacer un sacrificio por mis conciudadanos? Yo iré al encuentro de la tropa, arengaré á los soldados, les pintaré cuán horrible es la conducta de un militar que asesina al pueblo, y si al fin nada conseguimos, nos verán al menos prisioneros de nuestros enemigos, y entonces nada tendrá que sufrir nuestra reputación. Si Urriola, añadió,

quiere ponerse á la cabeza de esa tropa, que salga pronto porque de otra manera no llegaría á tiempo aquí. Además, sin el concurso de la fuerza armada nos perderemos irremediablemente, porque, aún en caso favorable, si Búlnes consigue escapar, aunque sea con dos granaderos y se refugia en el cuartel, Urriola no se atrevería á acercarse, y entonces Búlnes vendría en persona á disputarnos el triunfo. Y en caso de que la suerte nos fuera adversa, no necesito decirle que todo quedaría definitivamente perdido.»

A la verdad, esto no tenía réplica. Volví, pues, donde Carrera, que estaba en los altos del portal, sentado en un banco de carpintero, en un cuarto a oscuras i lleno de virutas, con Manuel Recabarren, Vicente Larraín Rozas, el abogado Figueroa y Juan Las-Heras, y supe por ellos que ya habían llegado las tres compañías del Valdivia que salieron de Valparaíso directamente hacia aquí. Llevé á Alemparte esta noticia que le quitaba todo pretexto para irse de Santiago, y aunque trató de negar la verdad del hecho, tuvo al fin que reconocerlo; en consecuencia, desnúdase su traje de viaje, desató de su cintura una faja en que llevaba 3,500 pesos, y se vino á casa, donde lo esperaba Pedro Ugarte y José Miguel Carrera, diciéndome á mí: «Amigo, si es cierto que ha llegado el Valdivia, la revolución está hecha.»

Después de permanecer un rato en casa volvió á salir para conferenciar con Urriola, y regresó después de haber convenido con éste, en aplazarlo todo para el día siguiente, comprometiéndose también Urriola en hablar con este objeto á Sepúlveda. Acordado esto, se envió orden á las diversas partidas para que se dispersaran hasta la noche próxima. Uno de estos grupos fué asaltado poco después de haberse disuelto, lo que nos hizo sospechar que

el Gobierno había recibido denuncios, sospecha en que nos confirmo doña Rosario Lavín de Recassens, quien nos aseguró que el denunciante había sido Villarreal, sub-secretario que fué del grupo número 6 de la Sociedad de la Igualdad.

*Sábado 9 de Noviembre.*

A las cuatro llevé á Urriola una carta de Carrera, pidiéndole una entrevista para dejar definitivamente acordado el asunto de su cooperación. La entrevista quedó fijada para las oraciones.

Pasé en seguida donde Manuel Recabarren, tesorero nuestro, á prevenirle que esperase órdenes entre 8 y 9 de la noche. Igual comisión desempeñé con los Lazos y Melchor Ugarte.

A la noche me fuí en birlocho con Carrera á ver á Alemparte, pues habiendo dado Urriola por única respuesta la promesa de que el Valdivia no haría fuego contra el pueblo, se resolvió hacer el movimiento sin otro apoyo que nuestro valor y sin más armas que nuestra desesperación. Carrera conferenció una hora con Alemparte, pero éste se negó redondamente á encabezar el levantamiento, alegando que la empresa era una locura, en lo que tenía mucha razon. Entonces el valeroso y noble jóven le dijo: «Pues bien, iremos a una muerte segura; eso es preferible á vivir en un pueblo de cobardes y de traidores.» Estas últimas palabras aludían á las sospechas de que algunos de los nuestros nos habían denunciado. En efecto, se había pensado en apoderarse de los cuarteles cívicos, y los fusiles que en estos existían habían sido privados de sus llaves é inutilizados; se trataba de obrar con 20 de sertos que estaban en la cárcel, y estos infelices fueron sacados aquella misma mañana, apesar de la abundante

lluvia del día; uno de nuestros grupos había sido asaltado, como dejo dicho, y el que capitaneaba Rojas acababa de ser rodeado por la policía a las nueve de la mañana.

Estos antecedentes no nos dejaban duda alguna de que había entre nosotros un delator que estaba en el secreto de todos nuestros proyectos.

Con todo, quiso Carrera tentar un último esfuerzo, y se fué con Manuel Bilbao y Recabarren á indagar el número de gente que tenía Rojas para asaltar la Artillería; más, parece que ellos mismos habían sido delatados, pues corrieron riesgo inminente de ser sorprendidos, hasta el extremo de creer Carrera que de lástima (y la indignación se pintaba en su semblante al decirme estas palabras) no los habían tomado, pues los esbirros disfrazados cruzaban á cada paso delante de ellos para intimidarlos.

Así terminó esta temeraria aventura, acariciada por nuestro patriotismo, y que nos ofrecía más seguramente los peligros de la muerte, que las esperanzas de la victoria. La debilidad de los unos y la traición de los otros nos obligaron á aplazarla para mejores días. Desengañado yo por completo, guardé mis pistolas debajo de mi colchón, dejándolas en un reposo que, á pesar mío, no habían podido ellas merecer.

*Domingo 10 de Noviembre.*

Temprano me fuí donde Carrera, que vive al salir de la calle de Lira, y me recibió con la seguridad de que Alemparte había sido el denunciante de nuestros planes.

En confirmación de ésto, me mostró una carta de su padrastró, don Diego Benavente, en que le dice que sabe que él va á ponerse á la cabeza de un movimiento que es-

tallará de un momento á otro, y le agrega: —«Sé que has hablado con Alemparte, que le has pedido dinero para levantar gente, y que él te ha contestado que no da plata para locuras».

Todo esto era efectivo, y no había tenido más testigos que Alemparte, Carrera, Pedro Ugarte, Félix y Juan Mackenna y yo. Apesar de todo, vacilé, pues me costaba creer en una traición.

A las 9 de la noche llevé una esquila de don Pedro Ugarte para Urriola, en que lo citaba á una entrevista. Leyola Urriola, la quemó en la vela, y me dijo que no tenía inconveniente para acompañarme. En el camino me refirió que doña Juana Errázuriz de Lazo le había comunicado que por la noche rodeaban de guardias su casa.

Es extraño ese cuidado, le observé, por que el Gobierno parece estar completamente tranquilo.

¡Ojalá fuese así, replicó él, para amarrarlos á todos!

Estas palabras abrieron mi corazón á la esperanza, y ví lucir en el horizonte de mi patria un lampo de luz de la libertad. Quise sondearlo sobre lo que pensaba de Alemparte, y le insinué disimuladamente las sospechas que abrigábamos.

—Nó, me replicó interrumpiéndome, Alemparte no es traidor, pero es un hablador incorregible; ni ha hecho nada, ni puede hacer nada, porque todos los recursos con que dice contar son simple palabrería.

Llegados á la casa de Ugarte, se encerraron ambos, y tuvieron una conferencia que duró tres horas.

El 7 se publicó un bando de la Intendencia prohibiendo la Sociedad de la Igualdad y toda otra análoga, dando por pretexto que el motín de Aconcagua había tenido origen y apoyo en la Sociedad de San Felipe.

*Jueves 14 de Noviembre.*

Al amanecer salieron para San Felipe el Ministro de lo Interior don Antonio Varas y el juez de la Corte de Apelaciones, Cerda, con el objeto ostensible de juzgar á más de 40 reos que hay en esa ciudad; pero, según algunos, la verdadera causa de este viaje es un conflicto de Gabinete, que ha obligado al Gobierno, para zanjarlo, a alejar temporalmente á Varas, dejando en su lugar á Mujica.

Salieron hoy dos caricaturas por la imprenta de la República, una contra Rafael Vial, y otra contra Vicente Sanfuentes, transformados en huanacos.

*Viernes 15 de Noviembre.*

A la 11 y cuarto de la noche salía yo de la casa de Juan Mackenna, situada en la plazuela de Santa Ana, cuando al llegar á la esquina reconozco á don José Antonio Alemparte, que hablaba con mucho acaloramiento á un hombre de capote negro. Por de pronto no sospeché nada, juzgando que el tal hombre sería alguno de sus agentes; pero á la luz de la luna, que estaba bellísima, divisé tres policiales agrupados, y adiviné que [Alemparte había sido sorprendido por casualidad ó por algún denunció.]

A fin de poder serle útil en algo, quedé rondando por los alrededores hasta las 12 y cuarto. Entre tanto, él hacía prodigios de elocuencia y de ofertas generosas al agente de policía que lo había descubierto, y que al principio se mostró en buenas disposiciones, pues ordenó á los serenos que se retirasen á sus puntos, y á mí me dió igualmente la órden de alejarme. Pero en este momento pasó la partida del teniente de policía, i dejando al prisionero custodiado por dos serenos, se dirigió á galope a la Comandancia. Acerquéme entonces á Alemparte, y éste me

dijo al oído que fuese á buscar á su gente, añadiendo en voz alta, para no despertar las sospechas de los policiales, que fuese á su casa á pedir que le mandasen cama y otros objetos al cuartel de policía.

En efecto, ensillé á toda prisa el caballo de Juan, y corrí al alojamiento de Alemparte á llamar al famoso José Antonio Valdivieso, que es el dueño de la casa. Encontré á este Hércules tendido en el corredor, durmiendo á la luz de la luna, y me costó trabajo despertarlo porque se hallaba un poco avinado. Pero luego que abrió los ojos y supo el objeto de mi visita, rugió como un león, se vistió en dos segundos y fuese en busca de sus compañeros.

Me dirigí en seguida á esperarlo en la plaza. Cuando llegué, Alemparte había sido llevado ya á la prisión, lo que impidió un combate, que indudablemente habría sido sangriento. Seguí, sin embargo, adelante, y alcancé á Alemparte una cuadra antes de llegar á la plaza de Armas, marchando cabizbajo y lentamente, confiando talvez en mis diligencias, ó quizás pensando en su jóven novia la señorita Emilia Lastra, con quien debía casarse pronto.

Le dije que yo había pedido la cama, para darle á entender que la gente venía atrás, y él comprendiendo que ya era tarde, me pidió que fuese á avisar lo mismo á casa de los Viales, donde efectivamente fui á buscarle lo que necesitaba.

[ A las doce y media quedaba encerrado este cabecilla que tantas inquietudes causaba á la autoridad. ]

*Sábado 16 de Noviembre.*

[ A las siete de la noche fué asaltada la casa de Juan Mackenna, por una banda de esbirros que tomaron todas sus avenidas y no permitieron salir á nadie. El juez No-

voa, que está accidentalmente de presidente de la Corte Suprema, y que se encontraba allí de visita, fué insultado por uno de los policiales y el juez del crimen Alejo Serrano, cuñado de Juan, que había sido llamado por la mujer de éste, fué amenazado por otro con su sable. Bueno es que estos amigos del Gobierno vayan conociendo por si mismo lo que es la tiranía. Tomás Serrano, cuñado también de Juan, fué tomado preso al salir á la calle, y lo mismo le pasó á mi hermano Juan; pero se les dejó en libertad despues que fueron reconocidos. A las doce quedaban todavía 6 policiales formados en batalla delante de la puerta. El objeto de este atropello era apoderarse de mí, porque mis diligencias de anoche, les han hecho pensar que soy un personaje importante, y á todo el que figura hoy no le queda más alternativa que estar preso ó escondido.

Hoy se hizo cargo de la Comandancia General de Armas el coronel Letelier. Vidaurre ha tomado el mando del Yungay, sin duda, porque no tenían bastante confianza en el comandante Torres.

Horrible es la manera como se ejercen las facultades extraordinarias. Todos los caminos están interceptados, las comunicaciones son abiertas, aún las del Ilustrísimo Arzobispo, que se ha presentado reclamando contra este inaudito desacato. Han abierto también dos cartas de mi papá dirigidas á don Bruno Larraín.

Los postillones de la posta son desnudados por completo, para registrar si traen comunicaciones ocultas de Valparaíso, y hasta los mismos pasajeros son detenidos y registrados. Vivimos como en una Venecia de los peores tiempos, en que la vergüenza de sufrir tales humillaciones, equivale á las torturas materiales de entonces—Dios, que

es justo, no puede consentir que esto dure por largo tiempo.

*Domingo, 17 de Noviembre.*

Tuvo Félix Mackenna una conferencia de dos horas y media con Urriola, y lo encontró completamente desanimado y decidido á desistir de todo; pero sus esfuerzos consiguieron devolverle los bríos y lanzarlo de nuevo á la acción. Se convino que don Pedro Ugarte cambiaría de domicilio, trasladándose de casa á la de su hermana doña Rosa, que ocupa uno de los departamentos de la que habita Urriola, á fin de mantenerlo resuelto y velar más de cerca por la organización de nuestros planes.

Por la tarde fuí con don Javier Ovalle á ver á Alemparte, que estaba comunicado desde por la mañana. Nos refirió que el sereno que lo sorprendió, lo hizo sólo por una sospecha comun viéndolo disfrazado, pero que luego fueron complicándose las cosas hasta que llegó el teniente de policía, quien, fingiendo servirle, le arrancó su nombre y se apoderó en seguida de él.

Poco despues llegó á la prisión la señorita Emilia Lastra, con su madre doña Rafaela Valdivieso, y Alemparte comenzó luego con indirectas, diciéndonos que sería bueno que nosotros nos retirásemos porque temía que fueran á cometer algun atentado en contra nuestra. Nos sonreimos comprendiendo que quería quedar sólo con la señora y su novia, y salimos en efecto, dejándolo gozar aquellos instantes de amor, que en una prisión deben ser doblemente amables.

*Lunes 18 de Noviembre.*

A las doce estuve en casa de don Pedro Ugarte. Lo encontré con Urriola, con quien había tenido diversas conferencias, para comunicarle que Domingo Santa María

se había encargado de hacer gestiones cerca del Yungay, valiéndose de una persona que en el pasado movimiento de Septiembre, había estado en comunicación con las clases de dicho cuerpo. De acuerdo con Urriola, resolvió Ugarte que Santa María pusiera desde luego manos á la obra. A este efecto, ví en la noche á Santa María, y le pedí una lista de los individuos del Yungay que podían comprometerse, a fin de proceder sobre base segura. Me dijo que un sargento del N.º 1 cívico, llamado Benavides, actualmente preso, tenía dos cuartos, aperados con municiones, cerca de un cuartel, y que su mujer exigía dinero para entregarlas, de modo que era necesario disponer de algunos fondos.

Alemparte había dejado dicho que viera modo de mandar un propio á Aconcagua, con el objeto de que saliese de San Felipe para Valparaíso una persona de confianza, á fin de concertar un plan de levantamiento en las dos provincias. En consecuencia, salió esta noche el joven Tomás Barriga, que había llegado de San Felipe el Domingo anterior, con una comisión también política y que debe llegar mañana á su destino.

Ugarte me comunicó un contratiempo que embarazaba nuestras operaciones durante la presente semana: el batallón Valdivia entrará de guarnición en los diferentes retenes de la ciudad, penitenciaría, presidio, etc., y sólo quedarán 30 hombres en el cuartel: tenemos, pues, en contra nuestra á la tropa que va á ser reemplazada por el Valdivia.

Vicente Vial avisó también que habían llegado de Aconcagua 80 granaderos y que habían sido inmediatamente arrestados por imputárseles el haber recibido dinero en aquella provincia de parte de los nuestros. Esto debe ser

falso, é ideado con el único objeto de exhibir un pretexto al sitio, y acriminar á los presos de San Felipe.

El ministro Varas llegó el Sábado á toda prisa, después de activar el proceso de los prisioneros y de valerse de todos los medios posibles para agravar su situación.

Algunos agentes de la autoridad han pretendido comprarse á un sirviente de don Bruno Larraín, dándole 6 onzas para que denuncie el lugar donde está oculto su patrón, lo que no han conseguido. Don Bruno se fué á su hacienda de Choapa, pero probablemente se quedará en Colina.

*Martes 19 de Noviembre.*

Hoy no han adelantado los negocios. Sin embargo, en dos visitas que hice al clérigo Eyzaguirre, como plenipotenciario de Ugarte, obtuve dos mil pesos que quedó de entregarme mañana, y me mostró un documento de 16,000 pesos, que le había dejado su hermano Manuel, para que dispusiese de él.

Hice también diligencias para ver á Federico Errázuriz y saber si conservaba algunos fondos; Francisco Echeñique quedó de obtener permiso para verlo y hablarle de esto.

Urriola no quiere tomar todavía la ofensiva, y sólo se decide á obrar en calidad de auxiliar; pero Ugarte lo estrecha vivamente. Parece que puede asegurarse también el Chacabuco por medio de su comandante Antonio Videla, que ha estado en casa de Urriola á conferenciar con él.

*Miércoles 20 de Noviembre.*

El clérigo Eyzaguirre me dió hoy dos mil pesos en un pagaré de su hermano don Manuel.

El Intendente Ramírez pidió anoche á la Municipalidad

autorización para crear un cuerpo de policía de 400 plazas, solicitando desde luego once mil pesos para el equipo de esta tropa. Marcial González, á quien oí la noticia, se preparaba, según él dice, para hacerle una enérgica oposición, como procurador de ciudad.

La organización del movimiento sigue adelante. Santiago Arcos y Domingo Santa María están encargados de las partidas del pueblo, y Urriola se ha decidido á tomar la ofensiva.

*Viernes 22 de Noviembre.*

Los asuntos siguen bien; sólo se espera la vuelta de los tres compañeros del Valdivia que están en Aconcagua y que deben llegar aquí el lunes ó martes, y el regreso de los que están de guarnición, lo que se verificará el lunes. Ugarte, para expresarme hoy la buena situación de las cosas, me dijo, refiriéndose á Urriola: «Ya el hombre está pensando en el caballo que ha de montar».

Las partidas de pueblo, según ha dicho Santa María á Félix, están perfectamente escondidas y seguras, y distribuidas con sus jefes, unas para arrestar á los principales ministeriales, otras para corretear los caballos de la escolta, y otras para apostarse en las boca-calles é impedir que la noticia se comunique al Yungay y á los batallones enemigos. (1)

*(Continuará)*

(1) Innecesario nos parece advertir que la Dirección de la REVISTA no adhiere á las sospechas que Vicuña Mackenna manifiesta respecto de don José Antonio Alemparte. Ve en ellas, por el contrario, simples manifestaciones del espíritu de suspicacia que tanto se desarrolla en épocas de agitación política, sobre todo de tentativas revolucionarias frustradas. Por lo demás, el reconocido valor personal del señor Alemparte (recordaremos tan sólo que en el asalto de Talcahuano peleó como un héroe y recibió once heridas), la lealtad y entereza de su carácter, las persecuciones que sufrió á fines de 1850 y su actuación culminante en la revolución del Sur, de Septiembre del año siguiente, bastan para rechazar, como absurdas é inverosímiles, tales sospechas.

*(Nota de la Dirección).*